

LIDIA CIPRÉS
EL TORNEO DE
LAS ESPECIES



minotauro LABERINTO

LIDIA CIPRÉS
EL TORNEO DE
LAS ESPECIES

minotauro LABERINTO

El Torneo de las Especies

© Lidia Ciprés Rosa, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1245-1
Depósito legal: B. 8.064-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

EYZAR

Montañas de Oppum,
base rebelde n.º 64, el Imperio

Tambores.

Tambores en la oscuridad, con su ritmo macabro resonando en las montañas. Traen su siniestro eco y, con él, la muerte.

Despierto de golpe con el corazón exaltado. Es el mismo sonido que, a mis quince años, puebla mis pesadillas noche sí, noche también, pero ahora es real. Me desprendo de las brumas del sueño y salto de la cama, tambaleándome.

Lo que veo a través del cristal de la ventana hace que se me congele la sangre en las venas y que el pánico me inunde el cuerpo con la rapidez del veneno. Trago saliva, aunque tengo la garganta seca como una lija. Solo soy capaz de reaccionar al ver salir volando la primera antorcha, que hace arder un techo de paja. Corro hacia el cuarto de mi madre con el sonido de los tambores martilleando mi cabeza.

—¡Mamá! ¡Mamá, despierta! —chillo zarandeándola, presa del horror más absoluto.

Ella abre de golpe sus oscuros ojos. Tengo la sensación de que sabe de inmediato qué está pasando ahí fuera, porque me agarra los brazos con fuerza, clavándome las uñas. Me hace daño, pero el miedo disipa el dolor.

—¿Son ellos? —pregunta asustada, sin el menor atisbo de sueño en la mirada. Solo veo terror. Un terror plenamente justificado.

—¡Sí! ¡Nos atacan, mamá! ¡Están aquí!

—Tu hermano —se limita a decir.

Sale corriendo hacia la habitación de mi hermano pequeño, Lou, de solo tres años. Cuando la alcanzo, ya lo ha sacado de la camita y lo agarra con fiereza.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta somnoliento mientras se restriega los ojos con los puñitos y da un gran bostezo.

Mi madre, Amber, ignora su pregunta y le cubre una oreja con la mano, apretándole la cabeza contra su voluminoso pecho, como si así Lou no fuera a enterarse de la masacre que está teniendo lugar. Como si el hecho de que tenga un trastorno del desarrollo intelectual le impida comprender que algo no va bien.

—Hay que salir de aquí —digo, esforzándome por no gritar, por no temblar, por demostrar una valentía que no siento.

Pero es lo que habría querido papá.

—Nos matarán si salimos. Lo matarán —musita ella con un hilo de voz.

Sus ojos negros están tan abiertos que pienso que se le van a salir de las órbitas. Los tiene rebosantes de lágrimas.

Al verla llorar, no puedo dejar de imitarla. No sé fingir que soy valiente.

—¿Qué paaaaaasa? —protesta Lou, ya con menos sueño y más miedo, pero volvemos a ignorarlo.

Por un momento, su pelo afro se recorta contra las ventanas tintadas del naranja de las llamas. Tiemblo.

—No nos matarán si no nos ven —susurro con voz estrangulada. Noto que el corazón me late con violencia en el pecho y que el vello de los brazos se me eriza—. No podemos quedarnos aquí. Están quemando todas las casas, mamá. ¡Hay que moverse! ¡YA!

La cojo de la mano y tiro de ella sin darle opción a réplica. Abro la puerta de la entrada con cautela y me asomo al exterior

para analizar la situación. Un segundo me basta para darme cuenta de que es aún peor de lo que imaginaba.

Veo decenas de soldados vestidos con armaduras de metal que lucen las tres cruces rojas superpuestas, el maldito emblema del Imperio que llevan estampado en el peto. Las cruces significan los valores que el sistema debe erradicar: desobediencia, deslealtad y rebelión. Son el motivo por el que estos hombres están aquí ahora, destruyendo nuestro refugio.

Desobediencia, porque no entregamos a mi hermano a las autoridades cuando nos lo exigieron para que lo mataran por no ser un Ciudadano Apto, según sus parámetros, claro.

Deslealtad, porque no les agradecemos lo suficiente lo que nos habían dado hasta entonces, y lo pagamos con traición.

Rebelión, porque nos unimos a un grupo de fugitivos en las montañas. A ellos no les importa que mi hermano no tenga una inteligencia media normativa, sino que lo valoran por el ser humano que es, un niño maravilloso.

Mataron a mi padre sin piedad cuando huimos. Cinco contra uno. Ellos, armados hasta los dientes; él, solo con herramientas rudimentarias caseras. Aun así, presentó batalla. Se sacrificó por nosotros para que pudiéramos escapar. No voy a permitir que su esfuerzo sea en vano, aunque esté muerto de miedo.

Desearía ser tan valiente como él, pero en mi fuero interno sé que no le llego ni a la suela del zapato.

Meneo la cabeza y me concentro, apartando los amargos recuerdos. Los soldados están por todas partes y llegan cada vez más; aparecen por las faldas de la montaña, amparados por la oscuridad. Son una auténtica horda.

Van a caballo o a pie. Algunos portan antorchas que arrojan a las casas de madera para obligar a salir a la gente o quemarla viva dentro. Otros van armados con espadas que se tiñen de rojo con la sangre de los que hasta ahora han sido mis vecinos. También se dedican a saquear y a violar a mujeres y a las que todavía son demasiado jóvenes para ser consideradas como tales.

Me resbala una lágrima.

—Miedo, mami —susurra Lou, que observa el horrible espectáculo.

—Tranquilo —le calma mi madre al tiempo que le acaricia la cara con ternura y le tapa sutilmente los ojos—. Estás conmigo. Estás con mamá.

Me mira fijamente. Veo en ella impotencia, miedo e indecisión. Está bloqueada por el pánico, así que intento ser fuerte por los dos, aunque ni yo me lo creo.

—Oye, mamá. Escucha, tranquila, tranquila. Respira. Mira ese caminito de ahí. —Señalo un sendero a la vez que me limpio las lágrimas con el dorso de la otra mano—. Debemos escondernos en el bosque, entre los árboles. Ahí estaremos a salvo.

—Es lo que intenta hacer todo el mundo, y nadie lo consigue —replica—. ¿Por qué íbamos a lograrlo nosotros con Lou a cuestas?

Quiero contestarle, pero las palabras mueren en mis labios antes de ser pronunciadas. Tiene razón. No hay camino que valga. Bajo el cielo estrellado, se está cometiendo un genocidio en nombre del Imperio. La sangre baña la tierra, y los gritos de muerte rebotan en las laderas de las montañas que hasta ahora habían sido nuestro escudo protector en la comunidad 64.

Todos saben que el Emperador Nyra I no tiene compasión alguna con los rebeldes, como nos llaman. Hombre, mujer, niño o anciano, poco le importa a él y a sus Consejeros. Nos están pasando por la espada y los siguientes somos mi hermanito, mi madre y yo.

Lou se ha puesto a llorar. El miedo se palpa en el ambiente, ineludible y poderoso. Se me caen los pelos de los brazos y las piernas, herencia de mi madre, que está petrificada. Sus ojos saltones van de un asesinato a otro y agarra con tanta fuerza a Lou que estoy convencido de que le está haciendo daño. Tendrían que cortarle los brazos para conseguir que lo soltara. Aunque no creo que estos hombres tengan ningún problema con amputar extremidades.

—Nos quedaremos aquí, en casa —decide de pronto—. Os esconderéis en el armario.

No doy crédito a mis oídos.

—¿Qué? ¡No puedes estar hablando en serio! Quemarán la casa con nosotros dentro. Arderemos vivos. ¡Hay que probar a esquivar a los soldados e internarse en el bosque!

—¿Es que no ves lo que le están haciendo a la gente ahí fuera?!

—¡Lo están quemando todo!

—¡Basta, Eyzar! Están matando gente, así que no voy a sacaros para que os corten la cabeza. Hay casas que aún siguen en pie, así que os meteréis en el armario y luego cogeré un cuchillo para cortarle la garganta al primero que ponga un pie aquí dentro.

Dicho esto, se da la vuelta y corre a una habitación.

—¡Mamá! ¡Mamá, para! ¡Nos matarán a todos!

Salgo corriendo tras ella, pero cuando paso por delante de una ventana, una piedra rompe el cristal y me da de lleno en la frente. Trastabillo, me tropiezo con un juguete de Lou que está tirado por ahí y caigo al suelo.

La sangre que mana de la herida me empapa los ojos, y por un momento todo se torna oscuro. Siento un dolor lacerante en la cabeza. Cuando consigo reponerme lo suficiente como para abrir los ojos y arrodillarme, al otro lado de la ventana un soldado me mira con una sonrisa podrida y una flecha tensada en su arco.

Lo último que oigo es a mi madre gritar mi nombre y el llanto desesperado de Lou.

—Larga vida al Imperio, rebeldes de mierda.

Dispara la flecha, que se me clava en el pecho.

Capítulo 2

EYZAR

Montañas de Oppum,
base rebelde n.º 64, el Imperio

Siento como si estuviera hundiéndome en un mar de profundas y negras aguas. Noto cómo la sangre escapa de mi cuerpo y llena las inmensidades del abismo, que me atrapa con sus largos tentáculos.

Sé que esa flecha ha ido directa al corazón. Que ha atravesado el músculo y lo ha perforado sin remedio.

Sé que estoy muerto con la misma certeza con la que sé que el sol sale todas las mañanas por el este y se pone al atardecer por el oeste.

Sin embargo, no me imaginaba la muerte así de dulce. No duele. No tengo miedo. Solo caigo. Caigo, caigo y caigo. Entonces, toco fondo.

Cuando lo hago, sucede algo extraño.

Los veo. A mi madre y a Lou. Es como si estuviera ahí de pie, junto a ellos, solo que en realidad no es así, sino que estoy siendo enterrado en las profundidades de la Tierra. Ellos no me ven a mí, pero yo presencio el horror que están sufriendo, y ahora es peor, porque no puedo ayudarles.

—¿Mamá?

Como me temo, no me oye. Intento cogerla, pero mis de-

dos tocan su piel y la traspasan como si fuera agua. Grita histérica mi nombre desde el cuarto de Lou. Mi hermano, con la cara enrojecida, berrea a pleno pulmón y se retuerce en sus brazos. Se esfuerza por sostenerlo, aterrada como está.

Comprendo que se halla en una encrucijada: quiere ir a ver qué me ha pasado, pero no con Lou. Sin embargo, tampoco quiere dejarlo solo.

—¡Mamá, no vayas! ¡Os matarán! —le grito casi en la oreja, pero no sirve de nada.

—Oh, no... no, no, no, por favor —gimotea ella, temblando como una hoja.

Con creciente pánico, veo que se gira, abre las puertas del armario y mete a Lou dentro.

—¡No! —chillo al comprender sus intenciones. Se me forma un nudo en la garganta y noto las extremidades frías.

—¿Mami? —Lou la mira aterrado con sus enormes ojos negros, que relucen por el fuego del exterior—. ¡Grita noooo!

—No grito, no, cariño —le contesta de forma atropellada—. Mamá va a ver si puede ayudar a Eyzar, ¿sí?

—¡No! —ruge Lou, que, atemorizado como está, la agarra con sus deditos, fuertes como tenazas—. ¡Mami no va!

—No, no vayas —le suplico yo también, desesperado.

A la vez, con dolorosa claridad, comprendo que mi madre piensa que no hay tiempo.

Se arrodilla delante de mi hermano y le da un beso en la frente. Luego, mientras habla, libera su mano de la de él, retorciendo los dedos.

—Vuelvo enseguida. Ahora has de ser un niño valiente, ¿vale? No te muevas. No hagas ruido. No salgas. ¿Lo has entendido? ¿Lo has entendido, pequeño?

Él asiente con lentitud y se tapa la carita con los brazos. Con todo el dolor de mi corazón, veo que cierra la puerta del armario y lo deja solo. Entonces corre hacia el salón, donde ha oído mis gritos.

Es una sensación de lo más extraña. A pesar de estar caminando junto a ella, veo mi propio cuerpo tirado en el suelo

junto a la ventana rota, empapado en sangre y con la flecha coronando mi pecho.

Mi madre se abalanza sobre mi cadáver y un trozo de cristal le hace un corte profundo en la pierna. Ahoga un grito y me toma en brazos. Siento una pena inmensa por estar causándole este dolor, por provocarle un llanto tan desgarrador.

—Lo siento. Lo siento mucho, mamá —digo.

Aunque sé que no lo nota, me arrodillo a su lado y la abrazo por la espalda mientras ella rodea mi cuerpo con los brazos, Lou llora con desconsuelo y el mundo arde ahí fuera.

—¡Mi niño! —gime desesperada—. ¡¿Por qué no te hice caso, por qué no huimos, como dijiste?!

Cuando parece que nada puede ir peor, se oye un ruido de cristales rotos en la habitación de Lou. Me doy cuenta demasiado tarde. Mi madre abre los ojos desmesuradamente y grita mientras echa a correr de vuelta por donde ha venido.

—No... ¡LOU!

Voy tras ella.

Del salón al cuarto de Lou hay apenas unas diez zancadas, sin embargo, cada una de ellas me supone un esfuerzo tremendo, como si no avanzara. Entro en un estado de trance mientras corro: me choco con las paredes sin sentir los golpes, no respiro, pero no noto la falta de aire. Todos mis sentidos están focalizados en evitar, de una manera u otra, la sombra de muerte que se cierne sobre mi hermano, encerrado en un armario.

Pero no llegamos a tiempo.

De hecho, presenciamos el asesinato de mi hermano cuando el soldado que me ha disparado lanza una segunda flecha contra el bultito arrinconado en el armario que es Lou.